

China: *crónica de temblores*

Ugo Pipitone

En 1898, en la China imperial, se frustra el primer intento de reforma y apertura al exterior. Ocho décadas después, en un complejo juego cortesano favorecido por la suerte y los tiempos, Deng Xiaoping tiene éxito ahí donde Guangxu, el joven emperador, había fracasado. En varias ocasiones, desde mediados del siglo XIX, China tuvo que enfrentarse al reto de su relación con el resto del mundo, lo que siempre supuso, al mismo tiempo, un trabajoso reconocimiento de los propios retardos. Disponiendo como asesores de algunos talentosos intelectuales de la época (Kang Youwei en primer lugar) y en un momento en que se vislumbra el inminente desmembramiento del país, un joven emperador, que terminará su vida en reclusión domiciliaria, lanza en 1898 un gran programa de reformas del sistema educativo, la administración pública, el ejército, etcétera. Es el mismo espíritu de la restauración Meiji: aprender de Occidente para defenderse de Occidente. Durará cien días. La emperadora viuda tuvo la energía para animar a su alrededor una maquinaria institucional que olía a museo, pero aún capaz de defender sus prerrogativas e impedir el cambio.

El mismo problema, en otra forma, vuelve en 1919, el 4 de mayo. Pero, ahora, no son algunos notables intelectuales que claman por la modernización del país, son miles de jóvenes que protestan en Tiananmen por la transferencia de las posesiones alemanas en China a Japón en los tratados de Versalles. Un acto fundacional del nacionalismo chino. Primera aparición de una generación que, mientras protesta contra lo extranjero, exige una modernización del país que sirva, por lo menos, para evitar la vergüenza actual. Siguiendo a John Dewey, y a través de Hu Shih, su discípulo chino, *Mr. Science* y *Mr. Democracy* son invocados como los

grandes ausentes que China necesita materializar en su seno. Y será el segundo intento frustrado: preludio de la larga guerra civil que desgarrará a un país destinado, de ahí en adelante, a imaginar su propio futuro en las cabezas de Mao Zedong y Chiang Kai-shek.

El tercer intento de modernización y apertura al mundo ocurre desde 1978 y es el presente. Resurgido por segunda vez de sus cenizas, Deng Xiaoping (antiguo compañero de Mao en la Larga Marcha, cuando tenía 30 años) encarna una voluntad de normalización después de las turbulencias de la Revolución Cultural. Y será lo inesperado: una restauración política que, sin embargo, se lanza a un ambicioso programa de reformas internas y apertura al exterior. A casi tres décadas de entonces, China ha registrado un crecimiento sin antecedentes históricos. Un país que, sin embargo, carga hacia el futuro dos retos irresueltos: la forma política (posiblemente democrática) capaz de continuar la modernización del país garantizando al mismo tiempo su estabilidad institucional y, en segundo lugar, la creciente disparidad de bienestar entre grupos sociales, entre ciudad y campo y entre la costa y las provincias occidentales.

A fines del siglo XIX, la resistencia al cambio vino de una antigua civilización (gobernada por una etnia foránea) que pretendía conservar sus formas milenarias a pesar de las señales del tiempo. Desde 1949, es el marxismo sinizado de Mao el que se entrega, en cuerpo y alma, a cimentar un anticipo presente de la sociedad futura y no tolera ruidos de fondo. Allá, la resistencia venía del pasado; aquí, de un futuro que no puede mancharse de impurezas mientras va definiendo sus perfiles. ¿Cuáles?

1. 1949-1965

El primero de octubre de 1949 nace la República Popular China, que, sin sorpresas, adquiere rápidamente vestiduras institucionales –el partido único en primer lugar– cortadas inicialmente sobre una complexión soviética. Pero, a diferencia de la URSS, que, perdidos los entusiasmos iniciales, se ha vuelto una gigantesca maquinaria burocrática más interesada en conservarse a sí misma que en construir un comunismo que se ha reducido a un frío culto incapaz de alentar grandes pasiones colectivas, China se encuentra en las fases iniciales de un ciclo creativo con

líderes que, en la ola de tres décadas de una lucha finalmente victoriosa, están dispuestos a “tomar el cielo por asalto”. Y Mao Zedong es la gran personalidad encargada de guiar la tarea. Y tiene 56 años en 1949: 30 años de luchas, tragedias personales y un progresivo aprendizaje de autodidacta talentoso que lee marxismo mientras organiza territorios ocupados con sus sistemas de justicia y de defensa, teoriza sobre la guerrilla campesina y reflexiona sobre la originalidad de la revolución china.

La Nueva Democracia persiste hasta 1953. La idea inicial era la de una economía en tres patas: las empresas del Estado, la propiedad privada o cooperativa en el campo, y las pequeñas y medianas empresas privadas en el resto de la economía. Pero, como los Ming, el nuevo régimen también tiene dificultades en reconocer espacios a los mercados.

La reforma agraria, entre 1950 y 1952, asigna tierra (un promedio de 2 mu por cabeza, lo que corresponde a la séptima parte de una hectárea) a 300 millones de campesinos. Entre rencores espontáneos e instigados y ejecuciones a la conclusión de juicios sumarios, son centenares de miles los muertos entre los campesinos *ricos* y otros elementos *indeseables*. Se repite, en otro contexto, la *des-kulakización*. En diciembre de 1952, la reforma agraria ha concluido y de inmediato comienza el proceso de colectivización cooperativa que se cumple cuatro años después.¹ Apenas un año antes había entrado realmente en operación el primer plan quinquenal, con un gasto industrial siete veces mayor al gasto destinado a la agricultura. Un esquema vagamente estaliniano: industrialización acelerada y colectivización forzada de la agricultura.

Alentado por los éxitos iniciales del primer plan quinquenal, Mao decide que hay que apresurar los tiempos. Y en 1958 se lanza el programa trienal del Gran Salto. Hay que acelerar y mostrar que una guía ideológicamente correcta puede producir resultados asombrosos. El Gran Salto prevé aumentos estratosféricos en la producción industrial y de energía; todos los recursos disponibles (humanos y materiales) tienen que concentrarse en las metas fijadas. Así hasta llegar a las fundiciones de traspatio, 600 mil en todo el país, surgidas casi de la noche a la mañana, confirmando la antigua eficacia imperial para movilizar fuerzas sociales gigan-

¹ I.C.Y. Hsu, *The rise of Modern China*, Oxford Un. Press, Nueva York 2000 (1970), p. 653.

tescas. Pocos meses después nacen las comunas populares; de la propiedad privada (objetivamente insostenible sobre todo en el norte del país), a las cooperativas semi-socialistas, y de ahí a las comunas: núcleo inicial de una sociedad comunista. En ocho años.

Se fusionan 700 mil cooperativas en 20 mil comunas gigantescas, escenario de un experimento igualmente formidable: la socialización forzada en las prácticas cotidianas de vida. Cocinas y lavanderías comunes, sistemas de puntos-salario, grupos y brigadas de trabajo y administración en propio (al interior de cada comuna) de sistemas de salud, educación, pensiones, etc. De paso, se conseguían así dos ventajas: reforzar una antigua tradición de autogobierno local capaz de reducir al mínimo las necesidades centrales de regulación y, al mismo tiempo, simplificar la cadena de mando del centro a la periferia. Un autogobierno administrado por cuadros locales del partido y un centralismo con gran potencial de penetración en todo el cuerpo del país a través de sus 20 mil células primarias. “Las comunas facilitan las cosas para los dirigentes”, dice Mao a Edgar Snow.²

Los resultados son desastrosos; China interrumpe su marcha ascendente y por primera vez su PIB estimado retrocede en términos absolutos por tres años consecutivos. Una tercera parte de la producción siderúrgica (sobre todo proveniente de los hornos caseros) es inutilizable por su baja calidad. Y la producción de granos, afectada por las sequías, retrocede en términos absolutos en un país con un equilibrio frágil entre población y alimentos, lo que produce hambrunas con millones de muertos. El secretario de defensa, Peng Dehuai (tal vez con el apoyo inicial de Liu Shaoqi y de Deng Xiaoping), es uno de los pocos que se atreven a criticar ingenuidades, voluntarismos heroicos y optimismo oficial. En julio de 1959, Mao amenaza retornar a la guerrilla y obtiene la defenestración de Peng y su sustitución en la cabeza del ejército por su allegado Lin Biao. Pocos meses después, en diciembre, bajo la creciente evidencia del fracaso del Gran Salto, Mao anuncia que no seguirá en el cargo de presidente de la República.

Entre 1960 y 1965 conserva importantes cargos públicos pero ha dejado de estar en el centro de las decisiones estratégicas. Y durante este periodo asume el

² Edgar Snow, *La China contemporánea (El otro lado del río)*, FCE, México 1965 (ed or.: 1961), tomo 2, p. 41.

papel del gran sabio en la sombra que envía esporádicas señales, frecuentemente crípticas, de su descontento sobre la marcha del país. En esos años, Mao mantiene viva la polémica entre el *rojo* y el *experto*: donde el primero es el revolucionario y el segundo, el técnico que no puede entender la primacía de la política, el potencial revisionista tentado por la vía capitalista y con (inconfesadas) simpatías krushevianas. Es una cultura de la sospecha, los exámenes de conciencia interminables, el pragmatismo convertido en culpa.

2. LA REVOLUCIÓN CULTURAL

En 1965 el gran viejo decide que hay que tomar la iniciativa en formas menos metafóricas. Se transfiere de Pekín a Shangai, y lanza, a través de una pluma disponible en un cotidiano de la ciudad, una dura crítica a una obra de teatro escrita cinco años antes por Wu Han, vicealcalde de Pekín, que pertenece al grupo de los críticos del Gran Salto. En esta obra, *La destitución de Hai Rui*, en forma sutil, y ambientando la historia a mediados del siglo XVI, se compara a Mao con un antiguo emperador Ming y a Peng Dehuai con el honesto consejero Hai Rui que, arriesgando su vida, se atreve a criticar las decisiones del emperador. Pocos meses después, el cotidiano oficial del ejército se une a la crítica de Wu Han y a su pieza teatral. Son las primeras señales. A comienzos de 1966, Lin Biao se libera del jefe del Estado Mayor, Luo Ruiqing, que intenta suicidarse bajo la presión de las sesiones de autocrítica a las cuales es forzado.³ El 18 de abril, el cotidiano del ejército editorializa así: “Mantener alta la bandera roja del pensamiento de Mao Zedong y participar en la Gran Revolución Cultural Socialista.” Es prácticamente una declaración de guerra del ejército al aparato dirigente del partido sospechado de escaso entusiasmo revolucionario.

En agosto Mao escribe su famoso *dazhebao*: “Bombardear el Cuartel General”. Con el ejército cubriendo sus espaldas y millones de jóvenes que se adhieren entusiastas a una campaña de depuración y nuevo comienzo de la revolución, el gran timonel está nuevamente en el centro del escenario. Las masas lo han devuelto

³ Simon Leys, *Essais sur la Chine*, R. Laffont, Marchecourt 2002 (1998), p. 47.

donde el revisionismo lo había, si bien elegantemente, expulsado. Pero su retorno en fuerzas es menos *elegante*: Liu Shaoqi y Peng Dehuai mueren en la cárcel junto con otros miles de dirigentes, cuadros y ciudadanos comunes en un torbellino de pureza ideológica. A Deng Xiaoping le irá mejor y será enviado a trabajar por años en una fábrica de tractores.

El país es presa de un fervor revolucionario que amenaza la gobernabilidad y, desde 1968, con los comités revolucionarios, integrados con representantes del ejército, la *recreación* llega al final. Los estudiantes serán la mayoría de los 18 millones de jóvenes que, hasta la muerte de Mao, en 1976, serán enviados al campo para aprender de las masas, interrumpiendo así sus estudios. Una generación de cuyas vidas hablaremos más adelante. En 1956, la Campaña de las Cien Flores, que dio a los intelectuales el derecho de criticar al régimen, duró mes y medio y fue seguida por una más prolongada campaña para desenmascarar a los derechistas incrustados en el régimen y que, por cierto, fue dirigida por Deng Xiaoping. La parte heroica (más dramática y sangrienta) de la Revolución Cultural se cumple entre 1966 y 1969. Deseos de justicia y de *algo nuevo* se entrecruzan con purezas que llevan a los guardias rojos a combatir entre sí, reclamando una mayor fidelidad al pensamiento del presidente Mao, y a torturar o forzar al suicidio a opositores, reales o inventados, en un torbellino marxista-calvinista y solidario.

Un siglo antes, mientras todo comienza a desmoronarse a su alrededor, el líder de la revuelta Taiping, Hong Xiquan, que se considera el hermano menor de Cristo, da un nuevo giro de tuerca al puritanismo que regula la vida de su gente mientras sigue corrigiendo la Biblia, donde ha encontrado graves fallas que se encargará de enmendar.⁴ Con la Revolución Cultural la virtud revolucionaria ha sido restablecida y la derrota del Gran Salto es removida para rehabilitar la justeza de la línea de Mao. Sin embargo, cuando la polvareda se asienta, resulta que todo y nada ha cambiado. Los mecanismos del poder son sustancialmente los mismos con el añadido de un fervor revolucionario más o menos fingido. Y además, ahora, el *emperador* es viejo y se vuelve a poner en escena el libreto de una sucesión difícil; con un gris heredero oficial, una emperadora-viuda aparentemente fuerte y otros actores que resultarán más poderosos.

⁴ V. Jonathan Spence, *God's Chinese Son*, W.W. Norton, Nueva York 1996, pp. 232s.

3. LA RESTAURACIÓN REFORMADORA

Lleguemos entonces a 1978. Mao ha muerto desde hace dos años, sus herederos políticos (convertidos por la propaganda en la “Banda de los Cuatro”) han sido neutralizados,⁵ su sucesor oficial experimenta una creciente erosión de poder frente a Deng Xiaoping (74 años en 1978), quien cataliza la confianza del viejo aparato. La “Banda de los Viejos”, como la llama Liu Binyan (periodista del *Diario del Pueblo*, expulsado del partido en 1987 por “liberalismo burgués”), vuelve a tomar el control de la maquinaria del partido, y Deng puede poner a dos de sus hombres (como veremos dentro de poco, mucho más reformadores que él mismo) en los puestos centrales del partido y del Estado. En 1980, Hu Yaobang es nombrado secretario general del partido y Zhao Ziyang, primer ministro.

Hu Yaobang ha reunido alrededor de sí una nueva generación de intelectuales cuyas demandas son mayor libertad, más pluralidad y más democracia. Son aquellos que clamaban –como Liang Qichao desde el siglo anterior– que sin reforma política la reforma económica no sería suficiente.⁶ La primacía de la política (en versión postmaoísta) sobre la modernización económica: eso es lo que piensan los intelectuales del círculo de Hu. Zhao Ziyang será, por su parte, el arquitecto de las iniciativas de reforma económica y apertura exterior de la primera década (1980-1989). Frente a ellos, el viejo aparato, para el cual el control estatal de la economía es un pacto originario y el control del partido sobre el Estado y la sociedad, un sacramento.

Deng es el nuevo emperador que media entre una voluntad de reforma y una de retorno a la normalidad soviética. Sus más cercanos colaboradores han entendido algo esencial: el retorno al modelo económico soviético no sería una respuesta a los problemas de un país que necesita crecer como lo están haciendo Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y otros vecinos asiáticos. Entre fines de los 70 y co-

⁵ El heredero oficial, Hua Guofeng, arresta inmediatamente después de la muerte de Mao a su poderosa viuda y a los tres mayores dirigentes de la Revolución Cultural. Pero el proceso se hará cuatro años después. ¿Cómo separar a Mao de las responsabilidades de la Banda de los Cuatro? Finalmente se encontró la fórmula confuciana adecuada: Mao cometió errores; los demás, crímenes. Lin Biao, muerto en un accidente aéreo mientras escapaba aparentemente hacia la URSS, es el demonio en persona.

⁶ V. Hao Chang, “Intellectual change and the reform movement, 1890-8”, en Dennis Twitchett, John K. Fairbank, *The Cambridge History of China*, vol. II, Cambridge 1980, p. 295.

mienzo de los 80 se diseña un plan de largo plazo de modernización en la industria, agricultura, ciencia-tecnología y defensa: las Cuatro Modernizaciones. Deng quiere las reformas (y sabe que el país las necesita), pero también desea que el sistema político, bajo la hegemonía del PCC, mantenga un control estricto de los cambios y de sus potenciales consecuencias sociales. Sin embargo, Hu Yaobang da espacio a los intelectuales que exigen mayor libertad y denuncian atrasos, autoritarismos, corrupción. Y, por su parte, Zhao Ziyang abre las puertas a los campesinos y a los capitales foráneos.

Desde entonces han ocurridos varias cosas: el PIB per capita se ha multiplicado por siete veces, la creación de riqueza en China depende hoy en más de 60 por ciento del comercio exterior, el país ha sacado de la pobreza extrema (ingresos menores a un dólar por día), según estimaciones del Banco Mundial, a 400 millones de personas entre 1981 y 2002.

Sin embargo, frente a estos éxitos asombrosos, el país se enfrenta a nuevos problemas (o viejos en formas y dimensiones inéditas): el aumento de las distancias de modernidad y bienestar entre la costa y el occidente del país, la mayor polarización del ingreso, la corrupción rampante junto con delincuencia, etcétera. A lo cual hay que añadir el peso de las empresas del Estado sobre el presupuesto público, la fragilidad de los bancos (que en su casi totalidad siguen siendo públicos) sobrecargados de carteras inexigibles, la crisis rural, el desempleo (oficialmente apenas superior a 4 por ciento), los escasos o nulos derechos de los trabajadores urbanos provenientes del campo, etcétera.

Desde comienzos, es evidente para Deng que, además de los retardos tecnológicos, de productividad y de bienestar, China tiene en su seno uno de sus principales problemas: la escasa calidad de su administración pública. En 1980 escribe:

La burocracia sigue siendo uno de los mayores y más extendidos problemas en la vida política del partido y del Estado. Sus manifestaciones dañinas incluyen: pavonearse frente a las masas; abusar del poder (...) gastar mucho tiempo para armar apariencias impresionantes; caer en discursos vacíos (...) inflar indebidamente el personal en los órganos administrativos; ser demorado, ineficiente e irresponsable (...) hacer circular sin fin documentos sin resolver los problemas; descargar la responsabilidad sobre otros; asumir incluso aires de mandarín (...) practicar el favoritismo, ofrecer sobornos, partici-

par en prácticas corruptas violatorias de la ley, etc. Esas cosas han alcanzado dimensiones intolerables.⁷

Pero sigamos permitiendo a Deng explicarse a sí mismo:

Por un largo periodo después de la fundación de la República Popular, quedamos aislados del resto del mundo. Por muchos años ese aislamiento no dependió de nosotros (...) Sin embargo, en los años 60, cuando las oportunidades se presentaron, nos aislamos a nosotros mismos. Finalmente hemos aprendido a usar las condiciones internacionales favorables. (1979)

Es equivocado sostener que la economía de mercado existe sólo en la sociedad capitalista y que sólo hay una economía “capitalista” de mercado (...) Nosotros también estamos introduciendo una economía de mercado. Pero se trata de una economía socialista de mercado. (1979)

Las masas deberían ser alentadas a la crítica (...) Si hay algo de lo que un partido revolucionario necesita preocuparse es de su incapacidad para escuchar a la gente. El silencio es lo que hay que temer más. (1978)

Revolución significa lucha de clases, pero eso no es todo. El desarrollo de las fuerzas productivas es también una especie de revolución y una muy importante. Es la revolución fundamental desde el punto de vista histórico. (1980)

Si no contamos aún con las condiciones necesarias para que se enriquezca todo el país, podemos dejar que se enriquezcan primero algunos lugares. Es inadmisibles el igualitarismo. (1984)⁸

Ha cambiado radicalmente el acento: si con Mao la clave era la pureza ideológica en la conducción de la lucha de clases, ahora la clave es el pragmatismo capaz de mejorar las condiciones de vida de la gente y acelerar el crecimiento econó-

⁷ *Selected Works of Deng Xiaoping*, Foreign Language Press, vol. II (1975-82), Pekín 1984.

⁸ Las primeras dos citas provienen de la conversación con dos visitantes occidentales el 26 noviembre de 1979; la cita de 1978, del discurso de cierre, el 13 diciembre, de la conferencia preparatoria de la III plenaria de 11 Comité Central del PCC, el momento en que Deng asienta una clara hegemonía de ideas y alianzas en el partido; la cita de 1980, de una conversación con el presidente de la República de Guinea, el 5 de mayo y, finalmente, la cita de 1984 proviene de declaraciones (24 de febrero) después de una gira por las provincias de Guangdong y Fujian.

mico; y la aceptación de la desigualdad como costo para sacar al país de su, no dorado, aislamiento. Deng, como buen conservador-pragmático, entendió que las turbulencias de la Revolución Cultural habían cuarteado el prestigio del partido y que reconstruir condiciones estables de gobernabilidad suponía un fuerte impulso al bienestar. No es posible pedir a la población una nueva adhesión entusiasta a una corriente ideológica contraria a la anterior: el tiempo de las pasiones colectivas se ha agotado. Sin embargo, no era del todo cierto.

4. EL FIN DE LAS DUDAS

En 1987 cae Hu Yaobang; en 1989 cae Zhao Ziyang, quien lo había sustituido como secretario general del partido: las dos principales figuras reformadoras de la fase inicial de la transición. Que los espacios políticos eran estrechos había quedado claro desde 1978-79, cuando los guardias rojos de la Revolución Cultural, una vez *desmovilizados*, se revelaron un factor de democracia y de nuevas demandas de pluralismo y de organización independiente. El movimiento del Muro de la Democracia, entre fines de 1978 y comienzo de 1979, que demanda la *quinta* modernización, o sea la democracia, es rápidamente reprimido y su líder (Wei Jingsheng) tendrá que cargar 16 años de cárcel.⁹ En 1983, el director del *Cotidiano del Pueblo* y su segundo de abordo (ambos del círculo de Hu) son despedidos por abrir las páginas del órgano del partido a críticas e investigaciones que molestan al grupo dirigente.

En 1986 se reenciende la crítica al partido, esta vez por su lentitud en el avance de las reformas políticas. El núcleo de la protesta está, otra vez, en las universidades, y la ocasión proviene de una serie de conferencias del astrofísico Fang Lizhi en las cuales sostiene tres ideas fundamentales: la antigua tradición confuciana ha limitado el desarrollo de la ciencia; sin democracia y libertad de crítica el avance de la ciencia es inconcebible; los derechos individuales son inalienables y los estudiantes tienen la obligación de defenderlos. Sus conferencias están atiborradas de asistentes y sus textos son reproducidos y distribuidos en miles de copias.¹⁰

⁹ Merle Goldman, "A New relationship between the Intellectuals and the State in the Post-Mao Period", en Merle Goldman y Ou-Fan Lee (eds.), *An Intellectual History of Modern China*, Cambridge Un. Press 2002, p. 504.

¹⁰ Ian Buruma, *Bad Elements*, Random House, Nueva York 2001, pp. 62s.

Las manifestaciones de protesta se multiplican en varias partes del país, y Deng Xiaoping (que no tiene cargos oficiales salvo el de presidente de la estratégica Comisión Militar Central) ordena a Hu Yaobang (secretario general del partido) reprimir el movimiento. Hu se rehúsa y, al comienzo de 1987, pierde su cargo y su condición informal de heredero. Los intelectuales han perdido su protector. La Banda de los Viejos ha ganado: se ha liberado de una figura incómoda que toleraba (e incluso promovía) lo que ellos no estaban dispuestos a tolerar. Deng nombra al nuevo secretario general del partido (y nuevo heredero designado), Zhao Ziyang, quien, respecto a Hu Yaobang, tiene un perfil más *tecnocrático* que *humanista*, más económico que político. Hu mantiene su cargo en el Comité Central, mostrando que las purgas siguen siendo la forma para dirimir conflictos en el aparato, pero han dejado de ser mortales. Además, ahora, la mirada del mundo se ha hecho más atenta.

Detengámonos un momento en el personaje. Hu Yaobang (1915-1989) entra al Ejército Rojo desde niño; es acusado de pertenecer a un grupo antibolchevique y se libra por azar de ser fusilado. A los veinte años participa en la Larga Marcha bajo las órdenes de Deng. Quizá por las purgas sufridas en 1957 y, después, durante la Revolución Cultural, Hu se preocupa por rehabilitar intelectuales y artistas objeto de ataques y castigos injustos en el pasado. Hacia él convergen solicitudes para corregir injusticias en varias partes del país.

Su deseo de saber lo que ocurría realmente lo llevó a realizar constantes giras de inspección. Cuando fue defenestrado en 1987 había visitado más de mil 600 de los dos mil condados de China.¹¹

Hu muere de un infarto el 15 de abril de 1989. Dos días después, provenientes de varias universidades de Pekín, miles de estudiantes convergen hacia la plaza Tiananmen. Los jóvenes lanzan consignas contra la burocracia y a favor de Hu. Comienza el movimiento que terminará en la madrugada del 4 de junio con una matanza. La lectura que Deng hace de los acontecimientos es, desde el punto de

¹¹ Liu Binyan (con Ruan Ming y Xu Gang), “*Tell the World*”, Pantheon Books, Nueva York 1989, p. 74.

vista de Canetti, típicamente paranoica: se trata de una conspiración y debe ser reprimida. Así dice el editorial del *Cotidiano del Pueblo* del 26 de abril.

Los jóvenes (muchos de los cuales han llegado de las provincias) se instalan en la plaza, y en las semanas que siguen son millones los estudiantes y los ciudadanos que se concentran ahí, debaten o simplemente llevan su simpatía y solidaridad. No haremos aquí la crónica de los acontecimientos entre el 17 de abril y el 4 de junio. Limitémonos a señalar la sorpresiva visita a la plaza ocupada de Zhao Ziyang, a las cinco de la mañana del 19 de mayo. Está extenuado y bajo una fuerte presión; pide nuevamente a los estudiantes desalojar la plaza mientras reconoce la inutilidad de sus esfuerzos para evitar la represión.¹² En el estricto ceremonial imperial-soviético Zhao ha cometido una falta imperdonable: ha bajado del pedestal. En efecto, el suyo es el gesto de un hombre desesperado que se siente derrotado y busca un milagro. Pero el movimiento se ha radicalizado y el milagro no ocurre. Ya es tarde, repite varias veces, alejándose.

Dos semanas después el Ejército Popular entra en la plaza y pocas horas más tarde quedan en el suelo entre mil y tres mil muertos. Zhao Ziyang, cuyo rechazo de la represión ordenada por Deng es conocido, pierde su cargo de secretario general el 23 de junio y es reducido a arresto domiciliario, condición en la que morirá en enero de 2005.

Las grandes movilizaciones de protesta terminan, la relación entre Deng y las fuerzas más progresistas del país se rompe definitivamente y se instaura en China, desde los años 90, un ambiente de libertad vigilada que deja mayor espacio de expresión a una sola, clarísima, condición: el terreno de la política está vedado. El régimen no está dispuesto a recorrer ningún camino a la conclusión del cual pueda haber un debilitamiento de su control político.

5. BIENESTAR AHORA, DEMOCRACIA... DESPUÉS

Finalmente, Deng encuentra en Jiang Zemin (secretario del partido en Shanghai) al nuevo líder, nombrado en junio de 1989, quien garantiza haber entendido claramente que liberalización económica y política son cosas distintas. De 1989 al

¹² Liu Binyan, *op. cit.*, pp. 43s.

presente es actualidad. Los trece años de Jiang Zemin, reducidos al hueso, son años en los que la presencia activa de los intelectuales en la vida política y social se va apagando, China sigue su marcha de integración al mercado mundial con elevadas tasas de crecimiento (y en 2001 entra en la OMC), el proceso de privatización de empresas del Estado es controlado por el riesgo político de un excesivo desempleo y la agricultura entra en una crisis prolongada. Aun así, en los años 90 la extrema pobreza rural se reduce de 280 a 80 millones, el 75 por ciento de la reducción mundial de la extrema pobreza en el periodo. No obstante varios achaques, la economía sigue avanzando a ritmos muy elevados, lo que homologa a China al resto de los países de Asia oriental: el crecimiento como principal fuente de legitimación social de los gobiernos.

Siguiendo la política de rejuvenecimiento del grupo dirigente y de encubrimiento de técnicos capacitados, Hu Jintao (1942; actual secretario general del partido) es “descubierto” a inicios de los 80 y experimenta una brusca aceleración de su carrera mientras trabajaba en la provincia de Gansu como ingeniero hidroeléctrico. Se le pone a prueba en cargos de mayor responsabilidad. Estamos evidentemente frente a un esquema laico; sin embargo, no muy distinto al de la búsqueda del futuro Lama. Hu Jintao es enviado a la escuela de partido en Pekín y posteriormente se le asignan los cargos de secretario provincial del partido en Guishou y en Tíbet. Una creación “in vitro” del futuro líder. En las provincias, según los *Tiananmen Papers*, cumple sin vergüenza ni gloria, como un funcionario disciplinado pero sin iniciativa propia. En 1992, a través de las crípticas señales de corte, Deng Xiaoping lo reconoce como delfín *in pectore*. Es nombrado a la Sancta Sanctorum del poder, el Comité Permanente del Politburó del partido, donde será un fiel aliado de Jiang Zemin hasta su retiro en 2002.

Las voces más independientes y proclives a secundar mayores libertades –el primer ministro Zhu Rongji y Li Ruihuan– son marginados y tempranamente pensionados.¹³ Zhu y Li, dos importantes figuras reformadoras de los 90, son ambos cordialmente detestados por Jiang Zemin, quien impide su reingreso en el

¹³ La mejor reconstrucción del ambiente del Politburó en aquellos años se encuentra en Andrew Nathan y Bruce Gilley, *China's New Rulers: The Secret Files*, *New York Review of Books*, Nueva York, 2002. El libro contiene los *Tiananmen Papers*, documentos secretos del PCC filtrados a Occidente en 2001.

nuevo Comité Permanente del Politburó (2002-2007), y dejan la política con el retiro de Jiang. Mencionemos al margen dos características de los nueve nuevos miembros del Comité Permanente del Politburó: respecto al anterior la edad media ha bajado de 70 a 60 años y todos ellos son ingenieros.

El problema sigue en el tapete: ¿es consistente en el largo plazo una situación de partido único con una economía cada vez más abierta y con la creciente independencia económica de los individuos frente al Estado? Dai Qing, otra famosa periodista china (que responsabiliza a los estudiantes de Tiananmen de haber boicoteado el camino reformista de Zhao Ziyang), piensa que frente al peligro del caos, el rumbo más viable es el de una mayor libertad de palabra y asociación mezclada con un autoritarismo benevolente.¹⁴ Otro observador piensa en la posibilidad de que, dado su control sobre el mundo rural, el PCC se convierta en una especie de PRI mexicano en versión china.¹⁵ Así que Singapur y México parecerían proponerse como posibles imágenes del futuro chino.

6. AGRICULTURA Y COMERCIO EXTERIOR

Dejemos la política e intentemos describir los rasgos sobresalientes de esta extraordinaria maquinaria social de desarrollo que se pone en movimiento desde inicios de los 80. Un espíritu bukhariniano de tiempos de la NEP¹⁶ recorre China. Enriquecerse se vuelve “glorioso”, es el nuevo impulso reconocido para desarrollar fuerzas productivas y ampliar fronteras de bienestar. La ideología queda relegada a cumplir tareas rituales mientras, con la desaparición de las comunas populares, se disuelve gran parte de la seguridad social previa.

Desde comienzos de los 80 las comunas populares son progresivamente sustituidas por un sistema de “responsabilidad familiar” que asigna (sin reconoci-

¹⁴ V. Ian Buruma, *Bad Elements*, cit., pp. 33s.

¹⁵ Nicholas D. Kristof, A Little Leap Forward, *The New York Review of Books*, 24 Junio 2004, p. 57.

¹⁶ Cuando, después del *comunismo de guerra*, se trataba de descongestionar un aparato burocrático con una peligrosa proclividad autoritaria y crear espacios de mercado capaces de revitalizar la economía y restablecer la “alianza obrero-campesina”. La historia, como sabemos, se fue por el otro lado: planificación centralizada, un fuerte aparato burocrático, el mercado removido y un partido todopoderoso. Y a todo eso –haciéndole un dudoso favor a Marx- le llamaron comunismo.

miento de propiedad privada) la tierra a las personas con contratos de hasta cincuenta años. Es un cambio que deja a los campesinos mayores y crecientes márgenes para vender en el mercado. Sabiamente, como en la Restauración Meiji, el primer acto es la reforma agraria. El aumento de los precios pagados por el Estado a los productores alienta una corriente inicial de mejoras en las condiciones del mundo rural. Las cosas cambiarán después, desde fines de los 80, cuando parece prevalecer en el gobierno un síndrome latinoamericano: subsidiar los consumos urbanos vía contracción de los precios reales de los productos agrícolas.

Exportaciones e importaciones son estimuladas con el dismantelamiento de gran parte del sistema previo de regulaciones. Y mientras se asignan mayores grados de autonomía a las empresas del Estado, comienza la experiencia de las zonas económicas especiales, donde se autoriza a empresas foráneas producir, en condiciones fiscales privilegiadas y disponiendo de trabajo en condiciones semi serviles. Inicialmente se autoriza sólo la producción para las exportaciones, limitación removida después. Se trata de atraer capitales foráneos, capacitar mano de obra, difundir nuevas tecnologías, crear empleos y estimular las exportaciones. En 1980 se abren cuatro zonas económicas especiales, todavía en la lógica del enclave mantenido bajo observación central (inevitable pensar en el “sistema de Cantón” de dos siglos atrás). Una década y media después, las zonas económicas especiales serán casi 10 mil.

La regulación pública de los precios es progresivamente dismantelada. En 1978 el Estado fijaba el precio de 97 por ciento de los bienes de consumo al detalle; una década y media después queda ya sólo el 5 por ciento bajo control estatal. Se experimentan mecanismos de coparticipación en los ingresos fiscales entre gobierno central y provincias que, en algunos casos, llegan a fijar previamente el monto de los fondos que serán entregados al gobierno central, con la posibilidad de que la provincia (o la gran ciudad) se quede con los ingresos recolectados en exceso debido al mayor crecimiento. Un mecanismo que estimula a las autoridades locales a promover nuevas actividades económicas. En 1992 se autorizan las Bolsas de Valores de Shanghai y después de Shenzhen, asiento de la primera zona económica especial en la provincia de Guangdong (mismo lugar donde a comienzos del siglo XIX se había inaugurado el sistema de Cantón). En 2001 China entra a la Organización Mundial del Comercio, lo que impone ciertamente vínculos

a la economía, pero, por otra parte, da a las autoridades una coartada exterior para reformas que (sobre todo por sus efectos sobre las empresas públicas) podrían encontrar resistencia en el seno del partido. Un largo camino de cambios salpicado de reformas fiscales, introducción del IVA, definición de un nuevo sistema legal alrededor de temas como las quiebras, las normas de los mercados de seguros, etcétera.

El poder de las energías liberadas está sobradamente ilustrado por los datos económicos. Como ya dijimos, el PIB per capita se multiplica siete veces, en términos reales, entre 1978 y 2004. No hay antecedentes en la historia económica mundial. Una economía que viaja a una velocidad media entre 9 y 10 por ciento y con inversiones superiores a 40 por ciento del PIB. El esquema asiático se confirma aquí también: exportaciones manufactureras de bajo contenido tecnológico, alto contenido de mano de obra barata (al margen: el costo del trabajo en China es actualmente cuatro veces inferior al de México) y progresiva escalada tecnológica.

En la actualidad cerca de la mitad de las exportaciones chinas provienen de empresas extranjeras instaladas en su territorio. En 1980, exportaciones e importaciones constituían conjuntamente el 15 por ciento del PIB; en la actualidad representan cerca de dos terceras partes. En 1992 las exportaciones de alta tecnología apenas llegaban al 6 por ciento del total de las exportaciones chinas de manufacturas; actualmente representan el 30 por ciento. Añadamos dos elementos más: 1) China gradúa anualmente a más de 300 mil ingenieros; 2) la formación bruta de capital pasa de 35 por ciento del PIB (un valor ya muy elevado) a 44 por ciento un cuarto de siglo después,¹⁷ lo que no deja misterios sobre las elevadísimas tasas de crecimiento de las últimas décadas.

7. NUEVOS PROBLEMAS

En las casi tres décadas transcurridas desde 1978 la agricultura registra un crecimiento medio anual algo inferior a 5 por ciento, mientras las actividades industriales crecen a un ritmo superior al 11 por ciento. Pero los datos medios esconden, al interior de cada sector, situaciones muy distintas. Un ejemplo. En 1978 el ingreso

¹⁷ *World Development Indicators Database*, 2004, 2005.

medio de los campesinos de las provincias costeras (con agua y mercados cercanos) era 20 por ciento superior al de sus compañeros de las provincias occidentales; a comienzos del nuevo siglo la distancia ha aumentado a 100 por ciento.¹⁸

Crecimiento acelerado y segmentación social: un caso clásico que parece confirmar la vieja (discutible) teoría de Simon Kuznets sobre las fases iniciales de la industrialización. Lo original está dado aquí por las dimensiones continentales de un cambio que recuerda los tiempos heroicos del capitalismo industrial naciente en la Inglaterra de hace más de dos siglos. Esta tragedia del progreso en marcha está naturalmente condimentada por otros factores: pérdidas de solidaridad, apertura a nuevas posibilidades de bienestar, corrupción sistémica, deforestación, polución y escasez de agua, desempleo, delincuencia y demás. Hagamos algunas rápidas observaciones sobre dos espacios de este malestar: el mundo rural, en el que viven más de 800 millones de personas, y el mundo urbano, poblado de inmigrantes rurales semilegales.

La agricultura tuvo un buen inicio con la introducción de los contratos familiares que otorgaban a los campesinos una autonomía sin precedentes, al mismo tiempo que el Estado desarrollaba una política de precios capaz de estimular la producción agrícola. Además de esto, la gran experiencia de las empresas de aldea, que retienen en el espacio rural parte de la población sobrante de la agricultura. En la actualidad, en las empresas de aldea (a menudo empresas mixtas entre autoridades locales y particulares, nacionales o extranjeros) trabajan cerca de 100 millones de personas que, sin esta clase de empleo, podrían haberse convertido en una gigantesca masa de tensiones económicas y sociales. Sin embargo, después de buenos inicios, la política pública, como hemos dicho, se orientó a contener los precios de los alimentos en un contexto de rápida urbanización. Recordemos al margen que en la actualidad son más de 200 las ciudades chinas con una población superior a un millón.

En la agricultura, desde el inicio de los años 90, comienzan a manifestarse señas de fatiga, y la reducción de la pobreza se debilita. El índice de la producción bruta de las actividades primarias (agricultura, cría de animales y pesca) pasa de

¹⁸ V. Yin Yanlin, "Disparities between urban and rural areas and among different regions in China", en OECD, *Urban, Rural and Regional Development*, n° 76, París, 2004, p. 52.

100 a 108 entre 1977 y 1990 para estabilizarse alrededor de 104 entre 1999 y 2003.¹⁹ La combinación de escasa disponibilidad de buena tierra y la gigantesca presión demográfica (en el mundo rural la norma del hijo único establecida en 1979 no se aplica; las familias del campo pueden tener dos hijos y normalmente tienen más) configuran una situación en la que la extensión media de tierra por cabeza es de mil metros cuadrados (1/10 de hectárea). Y, obviamente, con esta dotación media de tierra no es fácil imaginar importantes aumentos de la producción, más allá de los éxitos iniciales de las reformas. 70 por ciento de la población china vive en el campo (49 por ciento de la población económicamente activa); sin embargo, de la agricultura apenas proviene el 15 por ciento del PIB. En la actualidad ese 70 por ciento de la población apenas contribuye con el 40 por ciento del consumo de bienes durables y con el 20 por ciento del ahorro nacional.

Pero los problemas no se limitan al desequilibrio sectorial entre población y recursos. Sobre la agricultura gravan por lo menos otros tres lastres: el hambre de ingresos fiscales de parte de autoridades locales que no desaprovechan ocasión para cargar sobre los productores agrícolas toda forma de impuestos y derechos;²⁰ los altos precios de los insumos para la agricultura que provienen de empresas del Estado, a las cuales, para evitar que quiebren, se les autorizan precios excesivos respecto a los posibles precios de mercado; y la escasez de crédito rural por parte de los grandes bancos oficiales, dedicados a mantener a flote un sistema de empresas públicas generalmente de baja eficiencia pero alta absorción de mano de obra.²¹ Moraleja: una hemorragia de recursos desde la agricultura hacia las ciudades, hacia empresas del Estado poco eficientes y hacia una administración pública local voraz y frecuentemente corrupta.

Es evidente que los empleados en las actividades primarias necesitan disminuir. Pero, considerando que en la actualidad laboran ahí 365 millones de individuos, se tendrá una idea del tamaño del reto en un contexto en el que también las empresas públicas están destinadas a reducir su nómina. China ha recorrido al

¹⁹ *China Statistical Yearbook*, 2004 (cuadro 13-6).

²⁰ A este propósito constituye una lectura fascinante el diálogo entre He Qinglian y Cheng Xianong, "Rural Economy at a Dead End: A Dialogue on Rural China, Peasants and Agriculture", en *Modern China Studies* (Princeton), n° 3, 2001, pp. 7-8. V. www.uscc.gov/researchreports.

²¹ V. David Hale, Lyric H. Hale, "China Takes Off", en *Foreign Affairs*, vol. 82, n° 6, 2003, p. 42.

galope el primer tramo de su proceso histórico de salida del atraso, pero los retos futuros serán por lo menos tan grandes como los del pasado.

Algunas observaciones sobre los trabajadores emigrantes que llegan a las ciudades desde el campo: alrededor de 100 millones en las últimas dos décadas. Un universo humano íntimamente acosado por el compromiso familiar de enviar dinero a casa para que un hermano o hermana pueda seguir estudiando, para hacer frente a deudas y mil otras incumbencias. Si, sobre todo en las zonas de agricultura pobre, el campo no se ha vuelto ingobernable en los últimos años, esto se debe en parte a las remesas que llegan de esas hijas e hijos, hermanos y primos que se aventuran, con valor y desesperación, al mundo desconocido de las ciudades de la costa.

Contemos una historia que nos ahorrará muchas palabras. En 1993 un incendio destruye una fábrica de juguetes de Hong Kong en Shenzhen; las salidas de emergencia estaban (ilegalmente) selladas y todas las normas de seguridad se habían violado. Las trabajadoras, todas ellas, 87, murieron sin la menor posibilidad de huida. Se recogieron 69 cartas escritas y aún no enviadas a sus familias por las jóvenes fallecidas. He aquí el cuadro de sus condiciones de trabajo.²² Muy pocas de ellas alcanzaban el salario mínimo establecido en la zona y, además, las retribuciones eran pagadas con meses de retardo. Una trabajadora escribe a su familia:

Aquí el horario de trabajo es el siguiente: de las 7:30 a las 11:30 de la mañana; de la 1:30 a las 5:30 de la tarde y de las 6:30 a las 10:30 de la noche. A veces tenemos que hacer horas extraordinarias.

Doce horas extraordinarias más. En Guangdong, como en otras partes, las fábricas dan a los jóvenes llegados del campo alojamiento (por norma de pésima calidad) y alimentación. Pensando en el universo de las haciendas porfirianas: un peón *acasillado* en versión industrial. Sin embargo, en las cartas mencionadas, las trabajadoras no se quejan de sus condiciones de vida, lo que les angustia es la irregularidad de sus salarios, que les impide enviar dinero a casa. Otro elemento

²² Anita Chan, "The culture of survival: Lives of Migrant Workers through the Prism of Private Letters", en Perry Link, Richard P. Madsen, Paul G. Pickowics (eds.), *Popular China: Unofficial Culture in a Globalizing Society*, Rowman and Littlefield Publ., Lanham, 2002, pp. 163s.

es la falta de solidaridad entre las trabajadoras: en las cartas a casa no hay una sola referencia a alguna compañera. La mayor angustia viene del riesgo de perder el trabajo y ser obligados a regresar a la aldea, porque los trabajadores sin ocupación no tienen permiso de residencia. Y regresar sin dinero sería una humillación intolerable frente a parientes y amigos. Añadamos al margen que los patrones retienen los documentos personales de los trabajadores y es frecuente que se rehúsen a devolvérselos cuando éstos encuentran mejores posibilidades de trabajo.

Considerando que muchos emigrantes no pueden obtener ocupación permanente y vivienda se vuelven fácilmente desempleados sin hogar. Por consiguiente, los trabajadores migratorios comparten un sentido de miedo, de precariedad e inseguridad desde el momento en que dejan su lugar de nacimiento por la ciudad.²³

He aquí un caso relatado por He Qinglian, economista china ahora residente en Estados Unidos:

En diciembre de 1998, tuve que ver (como cronista de un periódico) con una muerte ocurrida en una empresa de ropa (Four Seas) de Shenzhen y que involucraba a un trabajador de nombre Xu Zhangshui, originario de la provincia de Jiangxi. Ocurrió en el pico de la producción estacional; por cierto tiempo los obreros de la fábrica habían trabajado sin interrupción por varios turnos. Xu Zhangshui tenía cerca de veinte años, había trabajado por 48 horas sin descanso y ya no se levantó después de acostarse en su dormitorio. Le salía sangre de la nariz, de los ojos y de la boca cuando fue descubierto. Cuando pregunté a sus compañeros porque nadie se había quejado considerando que era ilegal forzar a un trabajador a tanto turnos sin descanso, me contestaron que no se habrían atrevido por el temor de perder el empleo. El propietario de la fábrica me dijo: “Yo mismo estoy sorprendido. Mi empresa tiene bajas utilidades, turnos prolongados y bajos salarios. A menudo les he dicho a los obreros que si no les gusta pueden irse. Pero la cosa curiosa es que hay mucha gente luchando para poder trabajar aquí.”²⁴

²³ Li Zhang, “Urban Experiences and Social Belonging among Chinese Rural Migrants”, en P. Link, R.P. Madsen, P. G. Pickowics (eds.), *Popular China: Unofficial Culture in a Globalizing Society*, Lanham, 2002, p. 277.

²⁴ He Qinglian, Cheng Xianong, “Rural Economy at a Dead End”, en *Modern China Studies* (Princeton), n°3, 2001, p.38. www.uscc.gov/researchreports.

8. DOS MUNDOS

Ha ocurrido un salto entre dos mundos. La Revolución Cultural que movilizó las pasiones de millones de jóvenes es de pronto tan lejana que ya ni resulta fácilmente imaginable. Y por el otro lado, esta nueva ola ascendente que no parece detenerse mientras obliga a la sociedad china a profundos reajustes internos en la vida cotidiana, la cultura, los comportamientos y las relaciones de los ciudadanos con el Estado. Personas reales han transitado en sus vidas entre estos diferentes universos y en sus existencias se cumple la ruptura entre una sociedad que ponía en el centro la entrega ideológica al bien común y otra en cuyo centro está el dinero. Escuchemos una de estas voces, la de Wang Xiaoying, escritora de Shanghai:

La historia puede poner a una generación en el centro de los acontecimientos y jugar con ella una broma cruel. Eso nos pasó a nosotros (...) Estamos perdidos en el presente (...) Nuestra generación ya no tiene un papel que jugar. Somos actores y actrices en ropaje fuera de moda y vagamente ridículo. Nuestro sentido de pérdida no llegó en los años 70 sino en los 90 (...) En la nueva China se trata de interés personal y lucha por sobrevivir. Y así como nuestra sociedad se hace más fría y cruel, nosotros envejecemos y nos volvemos menos seguros de nosotros mismos (...) Pero durante la Revolución Cultural casi toda la juventud estaba deseosa de unirse a la Guardia Roja. Queríamos servir pero el futuro que esperábamos construir no llegó (...) Hace tiempo se nos dijo que el socialismo salvaría a China. Hoy tenemos que creer que la economía de mercado resolverá todos nuestros problemas.²⁵

Es la confesión de una derrota, pero, de alguna manera, la reivindicación de una edad no tan condicionada por el dinero y su poder para crear y descomponer. Una generación que creía anunciar el futuro descubre, con la incomodidad consiguiente, haber encarnado el último sobresalto de una China que quería aislarse del mundo y combatir el capitalismo a golpes de buenas intenciones y sana distan-

²⁵ Yarong Jiang, David Ashley, *Mao's Children in the New China (Voices from the Red Guard Generation)*, Routledge, Londres 2000, pp. 169-71.

cia. La Revolución Cultural, que se creía anuncio de lo nuevo en la historia, en cierto sentido expresó la última resistencia de una antigua civilización a reconocer el mundo más allá del Imperio del Medio y su nueva reencarnación ideológica.

Una antigua guardia roja, cuyo fervor revolucionario la había llevado a duros trabajos de campo en Heilongjiang, inhóspita región del norte manchuriano, hace balances:

La educación comunista siempre nos enseñó a poner a los otros antes que a nosotros mismos. Esa clase de moral no era tan diferente de la ética china tradicional. Siempre me subordiné a mi marido. Soy una mujer china típicamente tradicional.²⁶

A otro representante de la misma generación no le queda más que ironizar:

Cuando alguien moría la gente acostumbraba decir: “Se ha ido a ver a Marx.” Karl Marx de Renania se volvió uno de nuestros ancestros familiares.²⁷

9. UNA CONCLUSIÓN (POR ASÍ DECIR)

Por otra parte, una clase media urbana se está formando aceleradamente, un cuerpo plural cada vez menos dependiente del Estado por sus ingresos y cada vez más inserto en amplias redes (cuando no globales) de comunicación. En medio de una demanda mayor y más variada, los medios de comunicación se han vuelto más plurales, y a veces son los mismos periódicos locales del partido los que, para mantener las ventas y conservar el contacto con los lectores, denuncian casos de corrupción, malversación de fondos, ineficiencias.²⁸ Aun después de ese acto brutal de imperio del Estado sobre la sociedad que fue la matanza de estudiantes de 1989, la diferenciación interna de la sociedad china ha seguido avanzando y activando de mil formas una mayor presión social sobre las instituciones.

Las autoridades surgidas del XVI Politburó (2002) parecen tener conciencia de la compleja geometría de una transición que pone en estado de tensión antiguas

²⁶ *Mao's Children, cit.*, p. 17.

²⁷ *Mao's Children, cit.*, p. 81.

²⁸ Liu Kang, *Globalization and Cultural Trends in China*, University of Hawai Press, Honolulu 2004, p. 133.

formas políticas. La transformación en acto no está destinada a un éxito inexorable. Varias bombas de tiempo están sembradas en el camino: desde un sistema bancario sobrecargado de créditos inexigibles a un sector público abrumado por empresas económicamente inviables, desde una crisis agraria cuyos borbotones sociales se han dejado escuchar en los últimos años, hasta los peligros de autonomismo provincial. En años recientes se han dejado escuchar en las fronteras ruidos autonomistas, e incluso fundamentalistas, en el Xinjiang de mayoría musulmana, a lo que hay que añadir las tensiones en el Tíbet y las relaciones inciertas con Taiwán. Para buscar una salida al problema de Taiwán (y seguir contando con los capitales que vienen de la isla), algunos piensan en un posible futuro federalista que podría acercar a Taiwán y dar la posibilidad a Xinjiang y al Tíbet de autogobernarse sin perder los vínculos con Pekín.²⁹

En los últimos años Pekín ha otorgado mayor autonomía a provincias y condados, lo que ha evitado mayores tensiones locales con distintas posibilidades de irradiación. Y si añadimos a esto el menor grado de carisma y de autonomía decisoria de los máximos dirigentes del partido y el reforzamiento de una burocracia más profesionalmente capacitada, el Estado ha reaccionado a la mayor complejidad de economía y sociedad con un salto hacia delante en la capacidad profesional de sus estructuras.

Sin embargo, la corrupción sigue estando al orden del día como una de las peores amenazas. No sólo y no tanto por el alto costo que impone al funcionamiento de una economía que necesita todos sus recursos para ofrecer empleos a una agricultura con un gigantesco sobrante de mano de obra y a trabajadores de empresas estatales destinados a perder su empleo. El otro problema asociado a la corrupción es el de la progresiva, silenciosa, deslegitimación social del partido. La opinión corriente es que los cuadros más corruptos del pasado lo eran incomparablemente menos respecto al *promedio* actual. E igualmente difundida es la opinión de que la crisis de las empresas estatales se debe a sus dirigentes de escasa moralidad y a sus redes de clientelas igualmente corruptas. Lo que, siendo una simplificación, no deja de ser significativo de un ambiente.

²⁹ V. Kenneth Lieberthal, *Governing China, From Revolution Through Reform*, W. W. Norton, Nueva York, 2004 (1995), p. 331.

Mientras la economía crezca y aliente expectativas de mejora, la corrupción jugará un papel de deterioro fisiológico del prestigio de las instituciones (y, en primer lugar, del Partido Comunista), pero en un contexto de menor crecimiento, o de crisis sectoriales más o menos amplias, el tema de la corrupción podría saltar súbitamente al centro del escenario y convertirse en un grave factor de ingobernabilidad. 